ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

UN ELIXIR INFERNAL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

DE

DON ILDEFONSO MARIA ATIENZA

ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA ALHAMBRA
EL 25 DE OCTUBRE DE 1875.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

MADRID:—1883.

IMPRENTA DE ENRIQUE VICENTE
Cuesta de Santo Domingo, 20

REPARTO.

CARLOTA.	STA. VILLANUEVA.
ANSELMO.	SR. MATA.
PERICO.	SR. GARCÍA.

La acción en Madrid.

Esta obra es propiedad de D. Manuel Cuartero, y nadie sin su permiso, podrá reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de Don Eduardo Hidalgo son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Un pequeño gabinete. A la derecha, en primer término, una chimenea, un gran sillón y detrás una mampara ó biombo. A la izquierda un gran armario embutido en la pared, á su lado un canapé y delante una mesa Al fondo una jáula con una cotorra. Puerta al fondo y laterales en segundo término. Un relój sobre la cornisa de la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

Anselmo solo y en mangas de camisa. Al alzarse el telón se dirige al armario, de donde saca una botella cuyo contenido examina detenidamente.

¡Ya lo sabía yo... desde ayer falta una buena cantidad de líquido. Aquí está la señal que hice. . Justo y cabal... un dedo... Todos los días falta un dedo. ¡Pues señor, bien! Mi famoso líquido disminuye que es un contento. Es tan parecido en el color y en el gusto al zumo de la grosella, que sin duda algún goloso... ¿Pero quién diablo puede permitirse estas catas diarias? En la casa no hay más que Perico, mi criado... ¡Ah! Si yo pudiera cogerle infraganti. (Coloca la botella sobre la mesa.) Es duro esto de verse robado un hombre de respeto y de ciencia como yo, que he hecho viajes á Filipinas, y no por cuenta del Gobierno, sino por hacer nuevos descubrimientos y enriquecer los conocimientos de la farmacopea. ¡Vámos! Es preciso que invente un medio de poner fin á este robo diario... Dejarse robar un boticario...

Esto es escandaloso... ¡Ah! Voy á poner á la botella una etiqueta con cierto letrero capáz de asustar al mismo demonio. (Escribe.) Creo que será suficiente. Pero ahora recuerdo que Perico no sabe leer, es decir, me parece que no sabe. Mejor sería tenderle un lazo de otra especie. Sí, voy á echar en la botella esos polvos que descubrí en Calcuta, desconocidos aquí, y que son el cloróformo de aquel país. (Abre un cofrecillo y saca un paquete.) Unos poc s polvitos de éstos mezclados con un líquido cualquiera, producen un sueño profundo, pero de corta duración y sin peligro ninguno. (Echa los polvos.) ¡Ah, tunante! Ahora me las pagarás todas juntas. (Coloca la botella en el armario.) Pongámosla en el mismo sitio. (Cierra.) Eso es (Mira el reloj.) Ya son las diez; voy á vestirme para ir á la tertulia de D. Bonifacio, el médico de enfrente. (Se arregla la corbata.) Carlota debe ya estar lista. Hace seis meses que nos casamos y estamos todavía en plena luna de miel. (Mirando á la puerta.) Ella es... (Carlota entra vestida con elegancia. Anselmo sale á recibirla.)

ESCENA II.

Anselmo y Carlota.

ANSELMO. ¡Qué encantadora estás, Carlota mía! Ese traje te sienta perfectamente. Todas van á tener envidia de tí, y todos de mí por ser dueño de tantos hechizos.

CARLOTA. ¿Tienes mucho empeño en que te acompañe?

ANSELMO. ¡Pues no he de tenerlo! Pero tú misma deseabas ir esta noche á la reunión, según me dijístes esta mañana.

CARLOTA. Sí, pero... la verdad es que de buena gana no saldría de casa.

ANSELMO. ¿Y vas á quedarte sola? ¿Por qué razón?

CARLOTA. Estoy cansada y algo indispuesta. Al aceptar el convite no conté con mis pocas fuerzas, y además, no quise al pronto contrariarte. Ya ves que me he vestido... pero ¿á qué ocultártelo? sufro mucho y no me divertiría nada. Si tú eres bueno y me quieres, déjame aquí y vé solo á la reunión.

ANSELMO. Ya sabes querida Carlota que tu voluntad es la mía, pero ¿qué voy á decirle á la esposa de don Bonifacio, que te espera con seguridad?

CARLOTA. Díle... díle lo que es cierto y nada más. Explícale que de algún tiempo á esta parte tengo mareos, y un malestar... así .. ya comprenderá

ANSELMO. Sí, tienes razón, ya comprenderá .. Y díme .. en confianza... ¿cómo le pondrémos, Ernesto ó Ernestina? Según y conforme, ¿no es verdad? Yo quiero que se llame Ernesto. ¿Y tú?

CARLOTA. (Ruborizada.) ¡Anselmo!...

ANSELMO ¡Carámba, hija mía, no te avergüences, ni bajes los ojos. ¡Cualquiera diría que no estamos en el pleno uso de nuestro derecho!

CARLOTA. ¡Qué buen humor tienes!

ANSELMO. Estoy contento, satisfecho. De simple marido voy á ascender á padre. ¡Qué nombre tan dulce! (Jugando con la cotorra.) ¡Maldito pajarraco! Me ha desecho un dedo. Dime, Carlota, cuando venga al mundo Ernesto ó Ernestina, nos librarémos de la presencia de este animalito,

CARLOTA. (Sorprendida.) ¡De ninguna manera! ¡Pues no faltaba más! Yo quiero mucho á mi cotorra. Es un regalo de mamá, y no sé por qué le has tomado manía.

ANSELMO. Mujer, si me trata como me trataría mi suegra. El otro día me dió otro picotazo como ahora.

CARLOTA. ¿Y tú qué le hiciste?

ANSELMO. ¡Yo!. . Darla una sopita en vino... (con las tenazas).

CARLOTA. Quizás castigarla cruelmente. El caso es que el pobre pájaro está triste y desmejorado de día en día.

ANSELMO. Recuerda á tu mamá y quiere volver á su compañía... Dios las... (¡qué iba á decir!)

CARLOTA. (Aparte.) No la puede ver.

ANSELMO. Pero he enviado á Perico á la lechería para dar al pajarito un baño de leche que le sentará muy bien. Este Perico es un buen muchacho. Sin embargo, se va haciendo tan posma...

CARLOTA. Es que la lechería está muy léjos.

ANSELMO. Ya lo sé. Se necesita media hora para ir y otra media para volver, y hace cerca de tres horas que se marchó. ¿Qué le habrá sucedido á ese animal? ¿Habrá atropellado algún coche? ¡Bruto!

ESCENA III.

Los mismos y **Perico**.

PERICO. ¿Me llamaba usted, señor? Ya estoy aquí con la leche. (Coloca un jarro sobre la mesa y se limpia la frente con un gran pañuelo.) Perdone usted si me tomo esta libertad, pero como he corrido tanto.

ANSELMO. ¡Corrido! ¡Y hace tres horas que saliste! ¿Te estás chanceando?

PERICO. No señor, no. Yo no me chanceo nunca con los asuntos del servicio. Si he tardado tanto tiempo es porque soy muy vivo...

ANSELMO. ¿De dónde vienes? ¿Qué es lo que has hecho?

PERICO. Mi viveza natural me ha causado una desgracia. Fuí allá y al volver tropiezo con un caballero en la calle y se la derramo encima. Quise recogerla y no pude. El caballero se opuso á dejarse escur

rir. Voy otra vez á la lechería, y entónces ví que no tenía dinero. ¿Qué hacer? A escape á casa por los cuartos, y vuelta como un rayo á la lechería En fin, he andado cuatro veces el camino, y todo ello por ser muy vivo. ¡Uf, qué calor!

ANSELMO. (Riendo.) ¡Es buena la ocurrencia! Anda á poner al fuego esa leche un momento nada más, hasta que esté tibia. Tibia ¿entiéndes?

CARLOTA. Dáme, yo lo haré; temo que cometa algún estropicio.

ANSELMO. Es verdad mejor es que tu lo hagas y no este grandísimo rinoceronte. (Dándole en el hombro.)

PERICO. El señor me adula... yo no merezco.. (Jugando con la cotorra.) ¡Por vida del pájaro! Me ha dado un picotazo.

ANSELMO. Mira, Perico, lleva esa jáula á la antesala.

PERICO. Ahora mismo. (Toma la jáula y sale.)

CARLOTA. ¡Conque adiós, Anselmo, diviértete mucho, y recuerda que te doy una gran prueba de confianza con dejarte ir solo a la tertulia.

ANSELMO. ¡Cómo! ¡Tendrías quizás celos de mí!...

CARLOTA. No, pero á esa reunión va también Natalia, la viudita vivaracha y traviesa con quien tuviste amores.

ANSELMO. Sí, pero mucho antes de mi casamiento.

CARLOTA. Es una coqueta, y mucho me temo que tarde ó temprano no concluya por trastornarte la cabeza.

ANSELMO. No pienses en eso siquiera. (Entra Perico.) Ya sabes que no amo á Natalia, ni á nadie más que á tí. A las doce estaré de vuelta; es reunión que concluye muy temprano.

CARLOTA. Entónces hasta luégo. (Tropieza con Perico que vacila al dar el jarro á Carlota.) ¡Otra vez vas á derramarla, torpe!

PERICO. Perdone usted, señora, es que soy muy vivo Y me deshago porque estén las cosas á punto.

CARLOTA. Hasta luégo, querido Anselmo. (Entra en su habitación.)

ESCENA IV.

Anselmo y Perico.

ANSELMO. (Mirando á su mujer.) ¡Qué preciosa es!

PERICO. ¡Qué preciosa!

ANSELMO. ¡Eh! ¿Qué dices tú?

PERICO. Digo que tiene usted mucha suerte.

ANSELMO. ¡Imbécil! No sabes lo que te hablas.

PERICO. ¡Cómo que no lo sé! Yo también tengo un corazón, señor, un corazón de criado...

ANSELMO. Si es lo mismo que la cabeza ya estas divertido. (Se pone los guantes.) Ya estoy listo. Escucha bien, Perico, y procura comprenderme. Te confio á mi mujer, y te encargo que guardes mi casa.

PERICO. Usted me hace ese honor...

ANSELMO. Tú eres incapaz de tocar á nada.

PERICO. ¡Oh! en cuanto á eso...

ANSELMO. Bien. (Aparte.) Ya lo verémos. (Alto.) Vendré un poco tarde. Aquí tienes la llave de la puerta de abajo para que abras cuan lo llame. (Aparte.) Es la llave del armario que conoce perfectamente. (Alto.) No te moverás por nada ni por nadie de esta habitación.

PERICO. (Guardando la llave.) Está bien, señor. Vaya usted descuidado que aquí queda un hombre.

ANSELMO. Lo que es ahora yo te pillaré. El licor va á ser para tí un elixir infernal.

ESCENA V.

Perico.

Pues señor, bien. El se va á bailar y yo voy á descansar de los cuatro viajes que he hecho por

la pícara de la cotorra. ¡Es raro que no haya ido con él la señora! Creo que si yo estuviese casado con una mujer tan bonita, no la dejaba sola en casa, porque al fin... Cuidado que esto no es más que una suposición .. A la mujer que se ve léjos de su marido se le ocurre alguna cosa de repente .. Aquí hay misterio. Nadie me lo quita de la cabeza. Dos veces, dos, á las once de la noche, y miéntras el amo dormía á pierna suelta, he sorprendido aquí á la señora solita, y al verme ha echado á correr con la cara colorada como una amapola, y mirándome de un modo tan raro... ¡Ah, diantre! ¿Si le habré yo hecho tilín? ¡Quién sabe! No soy feo... Hay hombres, es verdad, que son más buenos mozos que yo, pero me miro al espejo y mi cara me gusta más que la de ellos... Las mujeres, ¡son tan caprichosas! Vámos, vámos, Periquito; (Se sienta en el sillón) déjate de esas ideas y piensa en Catalina, en Catalina la molinera, tu novia, á quien has dado palabra de casamiento. ¡Pobre muchacha! ¡Cáspita! ¡Y qué maquinaria tan buena tiene este sillón... siento un gustito que parece. . ¡Ah, Catalina... Ca... ta... lina!... (Se duerme.)

ESCENA VI.

Perico y **Carlota** que sale á la escena de puntillas y con mucha precaución.

CARLOTA. Mi marido se fué ya... no hay nadie... vámos. (Se para.) ¡Es original! Tengo miedo como si fuese á cometer un crímen. ¡Animo, ya que estoy sola! (Se dirige al armario.)

PERICO. (Entresueños.) ¡Catalina! estate quieta, mujer,

si no te hago nada... Qué empeño en pellizcarme... No quiero.

CARLOTA. ¡Ah! este hombre aquí. ¡Qué fastidio! (Va á retirarse y tropieza con la mesa, que deja caer estrepitosamente. Perico se levanta despertándose.)

PERICO. ¡Ladrones, ladrones! (Se dirige á Carlota, á quien reconoce.) Perdón, señora, yo creí... que... ignoraba que... (Aparte.) ¡Otra vez aquí esta mujer!

CARLOTA. (Aparte.) ¡Me ha descubierto! (Alto con mal humor.) ¿Quién te ha mandado que estés en el gabinete?

PERICO. El amo. Y me encargó que no saliese de él para nada.

CARLOTA. ¿Por qué?

PERICO. No sé; los criados no preguntan. La mitad de las órdenes que me da el señor se quedan sin que las comprenda, pero obedezco sin chistar.

CARLOTA. (Aparte.) ¿Cómo alejarlo? (Alto.) Bien, bien, no pregunto más.

PERICO. Puesto que mis explicaciones parecen superabundantes, me quedo mudo como una sardina en aceite.

CARLOTA. Vas á salir á un recado.

PERICO. ¿A esta hora? Si van á dar las doce...

CARLOTA. No me gustan las contestaciones. Necesito agujas para coser.

PERICO. Es que las tiendas .. En fin, el amo me ha dicho que no me mueva de aquí y no me muevo.

CARLOTA. ¿Te atreves á desobedecerme?

PERICO. Lo siento mucho, pero...

CARLOTA. ¡Perico!

PERICO ¡Señora!

CARLOTA. Si no me obedeces te echo ahora á la calle.

PERICO Esas son ya palabras mayores. Voy volando, pero lo hago por usted, señorita, por usted nada más. (Va á salir.) ¡Cuando yo digo que esta mujer no está en caja! (Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

Carlota.

¡Pobre muchacho! Lo he tratado mal, pero era menester que estuviese sola, porque no puedo resistir á la tentación de beber unas cuantas gotas de ése licor. Es un antojo. Despachemos antes de que venga mi marido. ¡Qué diría si supiese que su mujer... Voy á mi cuarto... No, no... me es imposible. Quiero beber á todo trance. (Va al armario.) Abrámos pronto. ¡Oh! ¿qué es esto? Se han llevado la llave..

ESCENA VIII.

Carlota y Perico.

PERICO. Esta llave no abre la puerta de abajo.

CARLOTA. (Asustada.) ¡Ah! ¿Eres tú? Te he dicho que vayas. .

PERICO. Si ya lo sé, pero el amo se ha equivocado, y yo no tengo la culpa. En vez de darme la llave de la puerta me ha dejado la del armario.

CARLOTA. ¡La del armario! (Acercándose con viveza.)

PERICO. (Guardándosela en el bolsillo.) Es decir, que estamos encerrados.

CARLOTA. (Aparte.) Es menester renunciar... Cómo le pido á un criado... (Alto.) Voy á mi cuarto.

PERICO. Y yo á continuar mi sueño, que por cierto era muy agradable. Buenas noches, señora.

CARLOTA. Buenas noches.

PERICO. (En el sillón.) Cuando me desperté estaba en aquello de que Catalina quería... sí, ya me acuerdo...

CARLOTA. (Desde la puerta.) Los obstáculos aumentan mi ridículo deseo. (Alto á Perico con voz dulce y afectuosa.) Díme, Perico...

PERICO. (Aparte.) ¡Otra vez! (Alto.) Señora...

CARLOTA. Creo que te traté mal hace poco.

PERICO. ¡Dale! Eso no importa. Usted tiene el genio muy vivo; yo le tengo más vivo todavía, y nada más.

CARLOTA. Sé que eres un buen criado, y te quiero verdaderamente, Perico.

PERICO. ¡Señorita! (Aparte.) ¡Yo sudo! Esto se va poniendo malo; es decir, no... se va poniendo muy bueno.

CARLOTA. (Se sienta.) Estoy convencida de que eres fiel...

PERICO. En cuerpo y alma. (Aparte.) ¡Y se sienta!

CARLOTA. Que nada iguala á tu celo por servirnos...

PERICO. ¡Oh! lo que es eso, no hay que hablar. Yo no me duermo nunca en las delicias de Capa, como dijo el otro.

CARLOTA. Cápua, querrás decir.

PERICO. No señora, Capa, en las delicias de Capa.

CARLOTA. Bien, sea lo que tú quieras, no te incomodes. (Acercándose.)

PERICO. (Aparte.) ¡Cáspita y cómo le brillan los ojos.

CARLOTA. Pues bien, ha llegado el momento de que yo te dé una prueba de mi afecto, Perico.

PERICO. (Sorprendido:) ¡Una prueba! Déme usted una prueba.

CARLOTA. Sí, pero vas á jurarme que á nadie diras ni una sola palabra, y sobre todo á mi marido.

PERICO. (Aparte.) Me dá miedo de comprender á esta mujer. Decididamente la he flechado.

CARLOTA. ¿No respondes?

PERICO. Señora, por discrección... antes de ir más léjos, yo quisiera infiltrar á la señora un consejo, por que... al fin llegaría á descubrir y... hace poco que ví una comedia en que una dama introduce en su casa al amante que iba un poco alegrillo... y... para serenarse bebe un vaso de agua, cae muerto de repente, y la señora se vé obligada á ocultarlo detrás de un mueble. ¡Qué apuro!

Mire usted, yo lloraba lo mismo que si se hubiese muerto Catalina, y la gente me decía al oir mis gritos: ¡Fuera, fuera, que se vaya ese animal á llorar á la calle! ¡A la cuadra!

CARLOTA. Ignoro qué comedia es esa, y además, no sé qué relación tenga...

PERICO. Sí señora que la tiene.

CARLOTA. En fin, concluyamos de una vez.

PERICO. De una vez.

CARLOTA. ¿Tienes la llave de este armario?

PERICO. Sí, aquí está.

CARLOTA. Pues bien, lo que te pido es que abras el armario.

PERICO. ¿Nada más que eso? Enseguida, la cosa es bien fácil. (Abre.)

CARLOTA. Ahí hay una botella en la segunda tabla á la izquierda, sácala y pónla en la mesa.

PERICO. Ya está. (Aparte.) ¿Qué diablos irá hacer?

CARLOTA. Trae dos vasos. (Perico obedece.) Uno para tí, y otro para mí. ¿Comprendes ahora?

PERICO. (Aparte.) Quiere que nos emborrachemos juntitos para luégo seducirme. ¡Qué barbaridad!

CARLOTA. (Se sienta. Perico, sientate aquí, á mi lado, y bebámos.

PERICO. Al momento. (Aparte.) Te llevas chasco, si crees que voy á beber contigo. (Llena un vaso.)

CARLOTA. Perfectamente. ¡A tu salud, Perico! (Bebe.)

PERICO. Lo mismo digo, señora. (Se vuelve de espaldas paar no beber, sin que Carlota se aperciba.)

CARLOTA. ¡Oh! Este licor tiene hoy un gusto particular.

PERICO. (Aparte.) ¡Hoy! ¡Hoy! Según se ve no es la primera vez que viene á echar un traguito. ¡Y qué color tan sospechoso tiene la pícara bebida.

CARLOTA. (Se levanta.) Si tiene un sabor amargo que trastorna... ¡Dios mío! ¿Qué es lo que siento? Todo da vueltas á mi alrededor...la cabeza me arde... (Vacila.)

PERICO. ¿Qué tiene usted, señora?

CARLOTA. Una niebla espesa me oscurece la vista. Los ojos se cierran... no tengo fuerzas... parece que voy á morir .. ya no veo nada... (Cae sobre el sillón dando un grito.) ¡Ah!

PERICO. (Corriendo á ella.) ¡Eh! Señora, señora .. vuelve en tí, es decir, vuelva usted en usted... No responde... no se mueve... ¿Si la habré dado un veneno? (Coge la botella y con mucha dificultad lee el letrero.) ¡Acido prósico! ¡Cielo santo! !Acido prosico! He matado á la señora (Se acerca.) Parece de mármol. ¡Si me atreviese á tocarla! Pero no. ¿Para qué? Todo se acabó. Con la mitad de lo que ha tomado hay para que reviente un camello. (Se oye ruido de pasos.) Alguien viene. ¡Oh! Es el amo. ¿Qué haré? He aquí una cosa igual á la de la comedia, sólo que es al revés Vámos, de algo me ha de servir el haber ido al teatro. (Oculta el sillón donde está Carlota detrás del biombo.) Hagámos desaparecer las huellas del crímen. (Pone la botella y los vasos en su sitio, y apenas concluye entra D. Anselmo.) ¡Ya era tiempo! Si me descuido un minuto me coge en el garlito.

ESCENA IX.

Anselmo y Perico, Carlota en el sillón.

ANSELMO. (Desde el fondo.) Cerca del armario... bien... bien... Hola, Perico, ya estoy de vuelta, y más temprano de lo que creía. ¿Tú no me esperabas aún?

PERICO. (Tartámudea.) Sí, sí... es decir, no, no. . esperaba sin esperar.

ANSELMO. (Aparte.) Se turba. (Alto, sacudiendo el sombrero.) Hace un tiempo malísimo, y cae una lluvia menudita que cala los huesos. Voy á secarme un

poco. (Se sienta.) Dame papel para hacer un cigarro.

PERICO. ¡Papel! Al momento.

ANSELMO. (Aparte.) No ha bebido todavía, he vuelto muy pronto.

PERICO. (Con unas babuchas en la mano.) Aquí está, señor.

ANSELMO. ¿Qué haces hombre? Te pido papel y me das calzado. Has perdido la cabeza.

PERICO. La vivacidad, señor; mi viveza de genio. (Le da papel.)

ANSELMO. ¿Y el tabaco?

PERICO. ¡Tabaco! ¿Ha dicho usted que quiere tabaco?

ANSELMO. Naturalmente.

PERICO. Parece que esta usted de mal humor.

ANSELMO. Sí, mañana tengo que dar un informe en una causa de envenenamiento ..

PERICO. ¡De envenenamiento!

ANSELMO. Y te aseguro, que si yo fuera Juez, no tendría compasión para el tunante que ha envenenado á su propia señora... Tengo frío,.. Dáme un vaso de Jeréz... Le darán garrote... Irás á verlo ..

PERICO. Estoy más muerto que vivo. ¡Ah, cuando sepa!

ANSELMO. ¿Qué te sucede hombre? ¡Cualquiera diría que tienes las piernas de alambre!

PERICO. Es la vivacidad, señor, la vivacidad, y los nervios, y las... y los...

ANSELMO. ¿No ha sucedido nada de particular durante mi ausencia?

PERICO. Na... na... nada.

ANSELMO. La señora...

PERICO. ¡La señora!

ANSELMO. ¿Duerme?

PERICO. Sí, duer... duerme. (Aparte.) ¡Y para siempre! ¡Si yo pudiera prepararlo á recibir la noticia! (Alto.) ¡Pobrecita! ¡Qué señora tan buena! ¿No es verdad? Creo que usted se afligiría mucho si la perdiese.

ANSELMO. ¿Qué estás diciendo, estúpido?

PERICO. (Aparte.) Esto ya le prepara algo. (Alto.) Mire usted, yo tenía un tío, y este tío tenía una borrica que, sin agraviar á nadie, era el animal más hermoso del pueblo. Y estaba buena y sana como yo y usted. Cuando una mañana la encontraron muerta en la cuadra. Lo cual prueba que somos mortales. (Aparte.) Esto creo que lo preparará.

ANSELMO. No me fastidies con tus cuentos, y anda acostarte que ya es hora.

PERICO. (Aparte.) ¡Y su mujer aquí! (Alto.) No tengo sueño, señor, no tengo sueño.

ANSELMO. Te digo que te marches, y á paso de carga. ¡Vivo!

PERICO. (Sale mirando al cielo.) ¡Dios mío! ¡Ya sabes que soy inocente! ¡Morir en un patíbulo... tan jóven y tan buen mozo!

ESCENA X.

Anselmo.

Estoy helado de véras, y voy á acostarme también. Ese béstia de Perico se ha olvidado de sacar el vino. (Va al armario.) ¡Ah! está cerrado. Ahora recuerdo que le dí la llave. ¡Bah! Me pasaré esta noche sin él. Vámos á ver á mi Carlota. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI.

Carlota.

(Apenas sale Anselmo se agita el biombo, y Carlota se levanta del sillón medio despierta.)

CARLOTA. ¡No sé dónde estoy! ¿Por qué me he dormido aquí? ¡Ah! ya me acuerdo! ¡Qué efecto tan singular me produjo el licor!... No hay nadie aquí.

Mí marido no ha vuelto, y Perico dormirá probablemente. ¿Qué hora es? La una y cuarto. ¡La una y cuarto! (Mirando un relój de sobre mesa.) Vámos á mi habitación. Si Anselmo me encontrase aquí á esta hora, no sé lo que diría. Pero ¿cómo será que mi esposo no ha vuelto todavía? ¡Es raro! (Entra en su habitación.)

ESCENA XII.

Perico.

PERICO. (Asoma la cabeza por la puerta y escucha ántes de entrar.)
¡No oigo nada! ¡Silencio profundo! No he podido cerrar los ojos á causa del remordimiento. (Va al biombo.) ¡Víctima desgraciada! ¡Aquí estarás fría como una horchata de chufas. (Se asoma al biombo.) ¡Cálla! ¡Pues no está! ¡Ah! El amo lo sabe todo y habrá llevado el cadáver á la cama. (Se sienta.) Esto no es vivir. (Llora ridículamente.) No, no. (Se levanta con resolución.) No puedo vivír con este empedrado en la conciencia, y ya que he envenenado á una criatura inocente, me voy yo mismo á envenenar también. Será la pena del Talón. (Se dirige al armario y saca un vaso.) Aquí está el vaso. (Con un tonotrágico.) Despidámonos de la vida y de mis proyectos para el porvenir. ¡Catalina! ¡Catalinita, Catalineta mía! ¡Adiós molino de mi molinera! Yo que pensaba ser feliz, vivir seis años y tener ochenta hijos... Es decir, al revés, vivír ochenta hijos, y tener seis años gordos y robustos como su mamá. Y en vez de eso, el vacío, la eternidad. ¿Quién se casará con ella? ¿Quién molerá trigo en su molino? No hay que pensarlo más. ¡Arriba con él! (Examina el vaso.)

¿Qué es esto, una mosca? (La quita con cuidado.) Muramos sí, pero muramos con aseo.

ESCENA XIII.

Anselmo entra por el fondo.

ANSELMO. Pues señor, la cotorra acaba de morir; sus últimos gritos eran el canto del cisne.

PERICO. (Al ver á su amo pone el vaso en la mesa sin haber bebido.) ¡Dios míe! ¡El amo! Ya llegó mi última hora. No he hecho más que variar de muerte.

ANSELMO. ¡Cómo! ¿Tú aquí todavía? (Le toma del brazo.) Acércate á mí. (Mirándole fijamente.) Acaba la infeliz de exhalar el último suspiro.

PERICO. Lo suponía...

ANSELMO. ¿Y por qué no me hablaste de eso?

PERICO. No se me ocurrió. (Llora.) Señor, crea usted que yo no tengo la culpa, que yo soy inocente... (Se arrodilla.)

ANSELMO. Bueno, hombre, bueno, no te aflijas así. Es una pequeña desgracia, una contrariedad y nada más. En confianza te diré que yo me alegro.

PERICO. ¡Usted! ¡usted, dice que... Jesús!

ANSELMO. Sí, que depués de todo, estaba ya algo fastidiado.

PERICO. (Aparte.) Corazón de tígre... Y con qué frescura lo toma. (Alto.) Pero, señor, ¡tan preciosa!...

ANSELMO. A la simple vista; pero con un genio de mil demonios. Al principio hacía algunas zalamerías que me gustaban... Pasada la novedad... Los primeros días... Todo cansa... Cambió en términos que llegué á aborrecerla. Se ponía furiosa por nada... Luego.. su afición al chocolate... ¿Querrás creer que anteayer me clavó la uñas?

PERICO. ¡Las uñas! Señor, parece imposible.

ANSELMO. Pero anda que le dí con el puño del bastón un golpe en la cabeza.

PERICO (Escandalizado.) ¡Un garrotazo! ¡Pobrecita!

ANSELMO. En fin, ya que por fortuna ha desaparecido de la superficie de la tierra, no hablémos más de ella. A mí no hay que compadecerme. Para quien ha sido una verdadera desgracia es para la pobre Carlota.

PERICO. (Sollozando.) ¡Pues es claro! ¡Pobre señora de mi alma!

ANSELMO. Pero yo la haré disecar y rellenarla de paja.

PERICO. (Aparte.) ¡Ave María Purísima! ¡Va á rellenar de paja á su esposa!

ANSELMO. Luégo me procuraré otra que sea más bonita que ella, y se acabó. Ví el otro día una... ¡Qué mona!

PERICO. (Aparte.) Ya está pensando en casarse otra vez. (Alto.) ¿De modo que usted no me guarda rencor ninguno?

ANSELMO. Al conttrario, hombre, al contrarío. (Levantándose.) Pero ya caigo. Tú habías vuelto aquí á abrir el armario para darme de beber. Has hecho bien, porque me muero de sed. (Toma el vaso de la mesa.)

PERICO. Señor, por misericordia...¡Eh! deténgase usted..

ANSELMO. (Bebiendo de un trago.) ¡Muchas gracias!

PERICO. ¡Dios te perdone! No quiero verlo morír. (Se esconde tras el biombo.)

ANSELMO. ¡Qué sabor tan extraño! Esto no es vino de Jeréz. ¡Ah, ya comprendo, es el licor famoso que el otro había dispuesto para él. (Vacila.) Vaya, ya empieza el efecto. ¡Oh! La suerte que no dura mucho. (Se arroja en el canapé.) Es imposible resistir, los párpados parecen de plomo...la dósis era buena... ¡Oh! (Se duerme.)

PERICO. (Vuelve á escena.) Después de la mujer el marido. Voy á dar fin de toda la casa. Esto parece un

cementerio. ¡Pobre amo! ¡Tengo miedo, y calofríos, y una porción de cosas más. ¡Oh! ¡Qué idea me ocurre! Yo le oido decir al señor que la leche es contraria á los venenos. Voy po ella al cuarto de la señora para probar... Sí; es menester probar. (Cubre á Anselmo enterament con el gaban.) ¡Pobre amo! ¡Tan bueno! ¡No te muevas de aquí, voy á salvarte!

ESCENA XIV.

Perico, Carlota, y Anselmo dormido

CARLOTA. (Con peinador blanco.) Me es imposible dormir.

PERICO. (Al verla dá un grito de terror.) ¡Del otro mundo! ¡Viene para castigarme del otro mundo! ¡Señora!

CARLOTA. ¿Qué dices? ¿Por qué gritas así?

PERICO. ¡Pero es usted, señorita! ¿Dónde estaba usted?

CARLOTA. En mi cuarto, sin poder conciliar el sueño. Ese licor me alteró tanto, que si no hubiese bebido después una taza de leche...

PERICO. ¡Leche! (Aparte.) Ha bebido leche... ¡Leche!

CARLOTA. Hasta la última gota del jarro. La cotorra esperará hasta mañana.

PERICO. (Aparte.) Se ha desenvenenado á si misma sin saber. ¡Pobre señor, para tí ya no hay esperanza!... !Ya no hay leche!

CARLOTA. ¿Ha vuelto mi marido?

PERICO. (Tartamudea.) ¡Su marido!... Sí... no... no...

CARLOTA ¿Qué tienes, Perico?

PERICO. ¡Yo! nada.

CARLOTA. ¡Es raro! El nunca viene tan tarde. Las tres y media han dado ya, y la tertulia de D. Bonifacio Conculye á las doce... Sí Natalia estuviese aquí creería que...

PERICO. ¿Habla usted de la Señorita Natalia? Pues bien, ha vuelto ya del campo.

CARLOTA. (Con viveza) ¿Ha vuelto? ¿Estas seguro de lo que dices?

PERICO. Como que esta noche cuando volvía de buscar la leche, la ví entrar en casa de D. Bonifacio el médico.

CARLOTA. ¡Ah! entónces no hay duda. Mí marido habrá ido á compañarla hasta su casa, y ella, que es tan intrigante y tan perversa, le detendrá toda la noche. ¡Oh, cuánto sufro! (Se pasea con agitación. ¡Engañarme así por una mujer fea y tonta! !Pasar la noche fuera de su casa! ¡Esto es indigno! Es la primera vez que sucede, pero también será la última. ¡Perico!

PERICO (Siguiéndola.) Señora.

CARLOTA. Estoy resuelta. Me voy á casa de mis padres, Perico.

(Parándose delante de él.) Tú me has dado ya pruebas de afecto. Voy á exigirte otra.

PERICO. Está bien. (Aparte.) ¡Carámba! Otra vez le brillan los ojos á esta mujer. ¿Qué irá á pedirme ahora?

CARLOTA. Voy á abandonar esta casa, y quiero que tú me acompañes.

PERICO. (Aparte.) ¡Un rapto! ¡Quiere robarme!

CARLOTA. No dudes, ni tengas escrúpulo ninguno. Yo estoy resuelta á todo.

PERICO. (Aparte.) ¡Cómo me quiere! ¡Es lo que se llama una pasión! El amor más fuerte que he hecho sentir desde que me conozco.

CARLOTA. ¿No respondes?

PERICO. Es que... su esposo de usted...

CARLOTA. Quisiera que pudiese oirme.

PERICO Yo también, pero no puede. Está léjos, muy léjos.

CARLOTA. Lo he amado mucho, Perico, pero hoy todo ha

concluido; le detesto, que viva por dónde quiera, que tenga sus amistades, yo tendré las mías.

PERICO. Ya pareció aquello. Ya se me declaró.

(Anselmo empieza á despertarse poco á poco; al oir la voz de su mujer hace un movimiento de sorpresa y presta atención hasta el final de la escena.)

CARLOTA. ¡Quiero irme! Tengo necesidad de un brazo que me proteja. ¿Me vas á negar el tuyo? (Le extiende una mano.)

PERICO. ¿Yo, señora? De ningún modo. (Con emoción.) Cuente usted conmigo hasta el día del juicio por la tarde. Trabajaré con usted y para usted. Seré fiel hasta dejarlo de sobra. Sí, sí, marchémonos á los países cálidos, como dicen los poetas.

ANSELMO (Aparte.) ¡Yo sueño!

CARLOTA. Sí, marchemos. Voy á mi cuarto á buscar algunos objetos de mi uso. Gracias, Perico, ya verás que no tratas con ninguna ingrata. (Sale.)

ESCENA XV.

Perico y Anselmo.

PERICO. ¿Y qué dirá Catalina cuando sepa que me he escapado con una gran señora? ¡Qué golpe para la pobre muchacha! Yo que le había prometido guardar para ella los primeros... los primeros arranques del amor. (Anselmo se vá acercando por detrás de Perico sin que éste lo note.) Y cuando pienso que ha muerto el amor, que está allí inmóvil y... (Va al canapé.) ¡Dios mío! ¿A dónde se ha ido?

ANSELMO. (Cogiendole por una oreja.) A ninguna parte, grandísimo bellaco.

PERICO. (Aterrado.) Señor, señor.

ANSELMO. Responde pronto si no quieres que te arranque

ahora mismo las orejas. ¿Qué significa lo que acabo de oir? ¿A dónde te vas con mi mujer?

PERICO. Ella lo ha querido. Bastante desgracia es la mía con haberle inspirado una pasión. Además, usted está muerto...

ANSELMO. ¡Insolente! ¿Todavía te atreves?...

PERICO. Apenas se murió usted vino aquí; y querido Perico por aquí, y querido Perico por allá quiso beber conmigo un poco de ese licor envenenoso que tiene usted en la botella.

ANSELMO. ¡Carlota! ¡Ha bebido mi mujer!

PERICO. Sí por cierto, que todavía está su vaso dentro dél armario...

ANSELMO. Eso es imposible. ¿De modo, que miéntras yo estaba aquí dormído?...

CARLOTA. (Aparece con una carta en la mano.) ¿Qué díce? ¡Estaba aquí! ¡Y yo que le creía con la viuda!

ANSELMO. Tú mientes Perico, y te voy ahora mismo á dar una paliza.

CARLOTA. (Adelantándose.) No miente, no, ha dicho la verdad.

ESCENA ÚLTIMA.

Anselmo, Carlota y Perico.

ANSELMO. (Conmovido.) ¡Con que querías abandonarme, Carlota!

CARLOTA (Dándole la carta.) Perdoname; mi defensa está en esa carta que había escrito para tí.

ANSELMO. (Leyendo.) ¡Celosa tú! ¿Has tenido celos de Natalia? ¡Qué locura! Pero esto no me explica por qué viniste aquí á beber...

CARLOTA. (Ruborizada.) Tengo vergüenza.... No vas á quererme.

ANSELMO Vámos, habla mu er.

CARLOTA. Si lo hice, fué porque nuestro hijo no naciese con una mancha negra en la cara.

ANSELMO ¡Un antojo! ¡Vaya, ahora lo comprendo todo!

CARLOTA. ¿Me perdonas?

ANSELMO. Y cómo no, si tu estado te disculpa. Me lo hubíeses dicho, yo te habría dado la botella.

PERICO. (Aparte.) Ahora anima á su mujer para que se entregue á la bebida.

ANSELMO. Ahora, Carlota mía (*Mirando á Perico.*) Tú ya no puedes pasar sin una doncella, y te sobra un criado.

PERICO. (¡Malo! ¡Malo! Es claro, me tiene miedo!)

CARLOTA. Aprobado.

PERICO. (Aparte ¡Qué ingratitud! Esta es la mujer, señores, esta es la mujer, que hace poco me quería meter en el corazón.

ANSELMO. Perico, apenas amanezca te marchas.

PERICO. Está bíen. (Aparte.) ¡Oh! Catalina, vuelvo á tus brazos con toda la pureza del molino.

ANSELMO. (Á Carlota.) Vámos á descansar, ya es hora.

CARLOTA. ¡Qué dichosa soy! (Se ase del brazo.)

ANSELMO. ¡Y yo te amo tanto!

PERICO. (Aparte al público.) ¿Les parece á ustedes, qué hombre más embustero? ¡Pobrecita mujer! ¡Que ignore siempre que su esposo quiso rellenarla de paja!

Al público.

Tras de sustos y temores
me despiden sin razón,
mas no me importa señores
si dáis vuestra aprobación
al poeta y los actores.